



La Santa Sede

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II DURANTE LAS CELEBRACIONES EN RECUERDO DE ABRAHAM "PADRE DE TODOS LOS CREYENTES"

Miércoles 23 de febrero de 2000

1. "Yo soy el Señor que te saqué de Ur de los caldeos, para darte esta tierra en propiedad. (...) Aquel día firmó el Señor una alianza con Abram, diciendo: "A tu descendencia he dado esta tierra, desde el río de Egipto hasta el gran río, el río Éufrates"" (Gn 15, 7. 18).

Antes de que Moisés oyera en el monte Sinaí las conocidas palabras de Yahveh: "Yo soy el Señor, tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la situación de esclavitud" (Ex 20, 2), el patriarca Abraham ya había escuchado estas otras palabras: "Yo soy el Señor que te saqué de Ur de los caldeos". Por consiguiente, debemos dirigirnos con el pensamiento hacia ese lugar tan importante en la historia del pueblo de Dios, para buscar en él *los inicios de la alianza de Dios con el hombre*. Precisamente por ello, en este año del gran jubileo, mientras con el corazón nos remontamos hasta los orígenes de la alianza de Dios con la humanidad, *nuestra mirada se vuelve hacia Abraham*, hacia el lugar donde escuchó la llamada de Dios y respondió a ella con la obediencia de la fe. Juntamente con nosotros, también los judíos y los musulmanes contemplan la figura de Abraham como un modelo de sumisión incondicional a la voluntad de Dios (cf. *Nostra aetate*, 3).

El autor de la carta a los Hebreos escribe: "Por la fe, Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba" (Hb 11, 8). Abraham, a quien el Apóstol llama "nuestro Padre en la fe" (cf. Rm 4, 11-16), creyó en Dios, *se fió de él*, que lo llamaba. *Crejó en la promesa*. Dios dijo a Abraham: "Sal de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y serás tú una bendición. (...) Por ti serán bendecidos todos los linajes de la tierra" (Gn 12, 1-3). ¿Estamos, acaso, hablando de la ruta de una de las múltiples emigraciones típicas de una época en la que la ganadería era una forma fundamental de vida

económica? Es probable. Pero, con toda seguridad, *no sólo se trató de esto*. En la historia de Abraham, con el que comenzó la historia de la salvación, ya podemos percibir otro significado de la llamada y de la promesa. La tierra hacia la que se encamina el hombre guiado por la voz de Dios *no pertenece exclusivamente a la geografía de este mundo*. Abraham, el creyente que acoge la invitación de Dios, es el que se pone en camino hacia una tierra prometida que no es de aquí abajo.

2. En la carta a los Hebreos leemos: "Por la fe, Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su unigénito, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia" (*Hb 11, 17-18*). *He aquí el culmen de la fe de Abraham*. Fue puesto a prueba por el Dios en quien había depositado su confianza, por el Dios del que había recibido la promesa relativa al futuro lejano: "Por Isaac tendrás descendencia" (*Hb 11, 18*). Pero es invitado a ofrecer en sacrificio a Dios precisamente a ese Isaac, su único hijo, a quien estaba vinculada toda su esperanza, de acuerdo con la promesa divina. ¿Cómo podrá cumplirse la promesa que Dios le hizo de una descendencia numerosa si Isaac, su único hijo, debe ser ofrecido en sacrificio?

Por la fe, Abraham sale victorioso de esta prueba, una prueba dramática, que comprometía directamente su fe. En efecto, como escribe el autor de la carta a los Hebreos, "pensaba que Dios era poderoso aun para resucitarlo de entre los muertos" (*Hb 11, 19*). Incluso en el instante, humanamente trágico, en que estaba a punto de infligir el golpe mortal a su hijo, Abraham no dejó de creer. Más aún, su fe en la promesa alcanzó entonces su culmen. Pensaba: "Dios es poderoso aun para resucitarlo de entre los muertos". Eso pensaba este padre probado, humanamente hablando, por encima de toda medida. Y su fe, su abandono total en Dios, no lo defraudó. Está escrito: "Por eso lo recobró" (*Hb 11, 19*). Recobró a Isaac, puesto que creyó en Dios plenamente y de forma incondicional.

El autor de la carta a los Hebreos parece expresar aquí algo más: toda la experiencia de Abraham le resulta *una analogía del evento salvífico de la muerte y la resurrección de Cristo*. Este hombre, que está en el origen de nuestra fe, forma parte del eterno designio divino. Según una tradición, el lugar donde Abraham estuvo a punto de sacrificar a su propio hijo es el mismo sobre el que otro padre, el Padre eterno, aceptaría la ofrenda de su Hijo unigénito, Jesucristo. Así, el sacrificio de Abraham se presenta como anuncio profético del sacrificio de Cristo. "Porque tanto amó Dios al mundo -escribe san Juan- que le dio a su Hijo unigénito" (*Jn 3, 16*). En cierto sentido, el patriarca Abraham, nuestro padre en la fe, sin saberlo, introduce a todos los creyentes en el plan eterno de Dios, en el que se realiza la redención del mundo.

3. Un día Cristo afirmó: "En verdad, en verdad os digo: antes de que Abraham existiera, Yo Soy" (*Jn 8, 58*) y estas palabras despertaron el asombro de los oyentes, que objetaron: "¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham?" (*Jn 8, 57*). Los que reaccionaban así razonaban de modo puramente humano, y por eso no aceptaron lo que Cristo les decía. "¿Eres tú acaso más

grande que nuestro padre Abraham, que murió? También los profetas murieron. ¿Por quién te tienes a ti mismo?" (*Jn 8, 53*). Jesús les replicó: "Vuestro padre Abraham se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró" (*Jn 8, 56*). La vocación de Abraham se presenta completamente orientada hacia el día del que habla Cristo. Aquí no valen los cálculos humanos; *es preciso aplicar el metro de Dios*. Sólo entonces podemos comprender el significado exacto de la obediencia de Abraham, que "creyó, esperando contra toda esperanza" (*Rm 4, 18*). Esperó que se iba a convertir en padre de numerosas naciones, y hoy seguramente se alegra con nosotros porque la promesa de Dios se cumple a lo largo de los siglos, de generación en generación.

El hecho de haber creído, esperando contra toda esperanza, "le fue reputado como justicia" (*Rm 4, 22*), no sólo en consideración a él, sino también a todos nosotros, sus descendientes en la fe. Nosotros "creemos en aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús, Señor nuestro" (*Rm 4, 24*), que murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (cf. *Rm 4, 25*). Esto no lo sabía Abraham; sin embargo, por la obediencia de la fe, se dirigía hacia el cumplimiento de todas las promesas divinas, impulsado por la esperanza de que se realizarían. Y ¿existe promesa más grande que la que se cumplió en el misterio pascual de Cristo? Realmente, en la fe de Abraham Dios todopoderoso selló una alianza eterna con el género humano, y Jesucristo es el cumplimiento definitivo de esa alianza. El Hijo unigénito del Padre, de su misma naturaleza, se hizo hombre para introducirnos, mediante la humillación de la cruz y la gloria de la resurrección, en la tierra de salvación que Dios, rico en misericordia, prometió a la humanidad desde el inicio.

4. El modelo insuperable del pueblo redimido, en camino hacia el cumplimiento de esta promesa universal, es María, "la que creyó que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor" (*Lc 1, 45*).

María, hija de Abraham por la fe, además de serlo por la carne, compartió personalmente su experiencia. También ella, como Abraham, aceptó la inmolación de su Hijo, pero mientras que a Abraham no se le pidió el sacrificio efectivo de Isaac, Cristo bebió el cáliz del sufrimiento hasta la última gota. Y María participó personalmente en la prueba de su Hijo, creyendo y esperando de pie junto a la cruz (cf. *Jn 19, 25*).

Era el epílogo de una larga espera. María, formada en la meditación de las páginas proféticas, presagiaba lo que le esperaba y, al alabar la misericordia de Dios, fiel a su pueblo de generación en generación, expresó su adhesión personal al plan divino de salvación; y, en particular, dio su "sí" al acontecimiento central de aquel plan, el sacrificio del Niño que llevaba en su seno. Como Abraham, aceptó el sacrificio de su Hijo.

Hoy nosotros unimos nuestra voz a la suya, y con ella, la Virgen Hija de Sión, proclamamos que Dios se acordó de su misericordia, "como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia por siempre" (*Lc 1, 55*).

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana